

EL TRABAJO

EL trabajo es acción, es movimiento, es vida. No es posible la vida sin trabajo.

Cuando estás dormido o en estado de reposo, funciona tu corazón para hacer circular la sangre por tus venas y tus arterias, trabajan tus pulmones para oxigenarla y purificarla; todo tu organismo está en movimiento y en acción para mantener tu vida.

Tiende la mirada a tu alrededor y verás cómo todo trabaja en la Naturaleza: las nubes recogen los vapores del agua y de la tierra y los devuelven convertidos en benéfica lluvia; los arroyuelos y los ríos que de ella dimanar, corren hacia el mar fecundando la tierra; las plantas que de ella extraen los jugos, renuevan sus hojas y flores y frutos para nuestro regalo; el sol nos envía rayos y esparce la vida y la alegría; los astros recorren sus órbitas siguiendo el curso que la mano de Dios les ha trazado en el firmamento.

La luz, el calor, la electricidad, el sonido, son átomos que están en continua vibración y movimiento.

Las ideas, los deseos, las sensaciones, los sentimientos, las palabras, son producto del trabajo Cerebro.

Hasta la misma muerte es una labor de transformación.

Por un decreto divino, desde que nace el hombre está sujeto al trabajo. Es una ley universal de la que ni tú ni nadie puede evadirse.

Dios dijo a Adán al arrojarlo del Paraíso: «Ganarás el pan con el sudor de tu rostro.» Y todos los hijos de Adán se ven obligados a trabajar para vivir.

Porque el pan es símbolo de la vida, pero «no tan sólo de pan vive el hombre». Otras cosas hay que se necesitan para vivir en sociedad, y esas cosas, así materiales como espirituales, sólo se consiguen a fuerza de trabajo.

Hay mucha gente que sólo considera como trabajo el que se hace con las manos o el que representa un esfuerzo corporal, como el del albañil, del carpintero, del mecánico, del marinero, etc.

Pero también trabajan los que se dedican a tareas mentales: trabajo es el estudio, trabajo es la enseñanza, y así estudiantes, maestros, escritores, artistas, médicos, abogados, comerciantes, todos son trabajadores.

Por lo tanto, cualquiera que sea el oficio, la profesión o la carrera que emprendas, no podrás eximirte de trabajar.

A muchos jóvenes se les hace pesado el trabajo porque lo hacen de mala gana.

Para que te resulte agradable cualquier estudio o tarea, empréndelos con gusto, con amor, como si fuesen una diversión o un recreo.

Si juegas a la pelota, al fútbol o corres en bicicleta, tienes que hacer un esfuerzo así corporal como mental; tienes que concentrar tu atención en lo que haces; te agitas, pones los músculos

en acción, sudas y, sin embargo, no sientes el cansancio. ¿Por qué? Porque lo consideras como un juego o una distracción.

Pues haz lo mismo con el estudio o con cualquier trabajo que se te imponga.

Cuentan de un maestro de obras, que, viendo un día que sus peones trabajaban ya cansados de subir y bajar cuezos, les dijo: «Chicos, basta de trabajo; os voy a proponer un juego. Vamos al sótano a ver quién saca más esportillas de tierra para hacer un jardín.»

Y los manobres, creyendo que se trataba de un juego, se pusieron a llenar esportillas con vigor y con presteza para ver quién sacaba más.

Hicieron esta labor como si fuese un recreo, y no se dieron cuenta de que era un trabajo tan pesado como el otro.

El fin que debes proponerte al emprender cualquier trabajo —y hemos quedado en que también lo es el estudio—, es que te resulte en algo de provecho. Si tal es tu propósito y a su consecución diriges la voluntad y el esfuerzo, verás con qué ánimo, con qué afición, con qué entusiasmo trabajas hasta verlo realizado.

Hay chicos que andan sin fatigarse dos o tres leguas de una aldea a otra, únicamente para ir a una capea o a bailar a una romería, y después vuelven a desandar lo andado sin cansancio y muy satisfechos del ejercicio. ¡Cuán laudable no sería ese esfuerzo si se emplease en una obra de provecho, en un acto de cultura y de progreso en beneficio propio o de los demás!

Para que un trabajo sea fructuoso es preciso que, además de hacerlo con gusto, se concentre en él toda la atención, todo el interés, todo el entusiasmo.

«Es de la mayor importancia —dice Balmes— adquirir un hábito de atender a lo que se estudia o se hace; porque, si bien se observa, lo que nos falta a menudo no es la capacidad para atender lo que vemos, leemos u oímos, sino la aplicación del ánimo a aquello de que se trata. *

Y Silvain Roudés, autor del libro *Para abrirse camino en la vida*, y cuya lectura te recomiendo, dice: «El gran defecto del hombre moderno es emprender cinco, seis, diez cosas a la vez; querer dominar los asuntos financieros, los deportes, la política y las artes; intentar todas las experiencias, comenzar todos los estudios y abarcar el mundo con sus débiles brazos.»

Y en efecto: verás cómo en ciertos países hay hombres que, sin la preparación necesaria, ocupan elevados puestos en las esferas del Gobierno, y con la misma insuficiencia e ineptitud desempeñan sucesivamente varios cargos, pasando de un ministerio a otro. Con este insensato trasiego de funcionarios no es posible tener una buena administración, y sufren los intereses nacionales y por ende los de cada ciudadano. Esto lo tocarás por experiencia propia cuando tu edad te permita ejercer una carrera o tener parte activa en los negocios.

Huye tú, por lo tanto, de ser uno de esos que un escritor francés, Jules Claretie, llama «hombres desmigajados», porque desmigajan su atención y la reparten entre diversos asuntos y ocupaciones heterogéneas, como quien echa migas de pan a las aves de un corral.

Cualquiera que sea el estudio que emprendas, el trabajo que acometas, el oficio o profesión que adoptes, procura enterarte bien de todas sus partes y detalles; infórmate de cuantos datos con él se relacionan; busca y lee con atención todos los libros que de él tratan; domínalo, en fin, hasta llegar a ser en él un perito, un maestro.

Verás que el hombre que más prospera y más se distingue en el oficio, negocio o carrera que emprende, es aquel que tiene la mejor preparación, es decir, el que ha hecho mayor acopio de conocimientos referentes a su ramo obteniendo así una superioridad sobre todos sus competidores.

Cuando el gran novelista Sir Walter Scott, por malgastar su hacienda, quedó arruinado, continuó trabajando con redoblado ahínco, diciendo que la adversidad le servía de tónico estimulante para el trabajo.

Henry Ward Beecher decía: «No es el trabajo lo que mata, sino la angustia. El trabajo es salúfero: no es fácil darle a un hombre más del que puede hacer. La angustia es como la herrumbre que corroe la hoja de acero. No son las revoluciones de las ruedas lo que desgasta la maquinaria, sino el rozamiento.»

Por lo tanto, debes procurar que en tu trabajo haya la menor fricción posible, es decir, que no lo hagas a regañadientes, sino interesándote en que salga del mejor modo que puedas. Esto mismo le recomendaba Lord Chesterfield a su hijo en una de sus famosas cartas, agregando: «Todo aquello que vale la pena de que se haga, vale la pena de hacerlo bien.»

Y, en efecto, lo que se hace de mala manera, para salir del paso, es trabajo y tiempo perdidos. Resulta un chapuz, y, en muchos casos, hay que volverlo a hacer. El obrero que se estima y tiene amor a su oficio se esmera en hacerlo con primor. De un hombre chapucero no puede esperarse nada bueno. Para hacer las cosas bien se necesita tiempo, cuidado, aplicación y trabajo. Por la calidad de la obra se conoce el carácter de su autor.

La seda es producto de una oruga limpia, que necesita para vivir aire puro y se alimenta de hojas de moral. Emplea varios días en labrar su capullo, del que se extrae la seda, y de él sale a las tres semanas convertida en mariposa. En cambio, la telaraña es una red de sutilísimos hilos sin consistencia, hecha con presteza por ese repugnante insecto que llamamos araña, que vive en rincones oscuros y empolvados y tiende esa tela únicamente para atrapar las moscas que le sirven de alimento.

Por eso Iriarte, en su conocida fábula, cuando la araña se jacta de labrar su tela más aprisa que el gusano de seda su capullo, pone en boca del último esta réplica:

«Usted tiene razón: así sale ella.»

Siete años empleó Virgilio en componer el más perfecto de sus poemas, las *Geórgicas*, el cual, impreso en un periódico moderno, apenas llenaría dos planas. Entre componerlos, poderlos y pulirlos, no hacía más que cuatro versos por semana. Pero el poema ha vivido dos mil años y vivirá muchos siglos más.

El gran maestro y retórico ateniense Isócrates empleó nada menos que diez años en componer, corregir y pulir su célebre *Oración panegírica*.

Sólo a fuerza de incesante laboriosidad y perseverancia podrás llegar a ser un hombre de provecho, crearte una fortuna, dejar obras meritorias o legar a la posteridad un nombre imperecedero.

El famoso pintor norteamericano James Whistler pidió un precio muy crecido por un cuadro que le habían encargado. El comprador acudió a los tribunales de justicia, creyéndose poco menos que estafado.

El juez, considerando también por el tamaño del cuadro que el precio era excesivo, preguntó al artista cuánto tiempo había empleado en pintarlo. Y Whistler contestó que cuarenta años.

- ¡Cuarenta años! —exclamó sorprendido el juez.
- Sí; cuarenta años de estudio y de trabajo para poder pintarlo así.

Por alta que sea la posición de un hombre, no debe desdeñar el trabajo ni considerarlo como un desdoro.

Pedro el Grande, emperador de Rusia, en sus viajes por Europa, visitaba las fábricas y talleres, enterándose prácticamente del modo de manejar las herramientas, y en un astillero de Ámsterdam trabajó algún tiempo como carpintero de ribera para saber cómo se construía un buque. Esta educación práctica que adquirió en su juventud le permitió después adoptar e introducir en su imperio notables reformas, mejoras y adelantos, que lo llevaron a un alto grado de prosperidad y de grandeza.

Cuando Lisandro visitó los jardines de Ciro, rey de Persia, y se admiró al saber que este fastuoso monarca no sólo había trazado los planos de su vergel, sino que con sus propias manos había plantado muchos de sus árboles y arbustos, Ciro le dijo: « ¿Esto te sorprende? Pues por el dios Mitra te juro que, cuando me lo permite la salud, nunca me siento a la mesa sin haber sudado antes con algún ejercicio, ya sea el de las armas, una labor agrícola o cualquier trabajo pesado, al cual me dedico con deleite y con todo mi vigor.» A lo cual repuso Lisandro; «Ciro, eres realmente feliz y mereces tu gran fortuna. »

Porque, en efecto, no hay satisfacción comparable a la que siente un hombre cuando ha hecho un trabajo con entusiasmo o terminado una obra a su gusto, y bien merecido tiene el premio o galardón que por ello alcance. Raro es el trabajo bien hecho que no recibe tarde o temprano alguna compensación.

Tiene mucha *enjundia* esta fabulilla de Antonio de Trueba:

- Caballito que sudas
 uncido al carro,
 dime: para que el pelo
 te brille tanto,
 ¿cómo te las compones?
- ¿Cómo? Sudando.

Y muchos hombres también, con el sudor del trabajo han logrado medrar y que, como vulgarmente se dice, les «luzca el pelo».

Entre nosotros es muy raro encontrar hombres ilustrados y de alta posición que dediquen algunos ratos a las labores manuales, mientras que en los países del Norte se nos ofrecen numerosos ejemplos de altas personalidades que buscan en ello una distracción, un ejercicio higiénico o una enseñanza.

Sir Isaac Newton, el gran matemático, físico y astrónomo, descubridor de la forma esferoidal de la Tierra y de las leyes de gravitación, se entretenía en sus ratos de ocio en trabajos de ebanistería, y regalaba a sus amigos mesitas, sillas, estantes, muñecas, etc., hechos por sus manos, y llegó a construir un cochecito de cuatro ruedas de autopropulsión .

Mister Gladstone, el venerable estadista inglés que murió a fines del siglo pasado, solía, durante su veraneo o sus asuetos en el campo, manejar el destal para talar árboles, ejercicio muscular

que le servía de compensación a sus trabajos mentales y que le permitió vivir sano y robusto hasta los ochenta y cuatro años.

Sabido es que en Estados Unidos, algunos jóvenes hijos de familias archimillonarias, como los Vanderbilt y los Gould, poseedores de cuantiosos intereses ferroviarios, han seguido la carrera de ingenieros mecánicos, y han hecho viajes en trenes manejando las palanquetas y válvulas de las locomotoras, no por necesidad como fácilmente se comprenderá, sino para conocer prácticamente cómo funcionan esas monstruosas máquinas a las que deben y de las que depende su inmensa fortuna.

Este último ejemplo demuestra la importancia que en aquel país se da al conocimiento en todos sus detalles del negocio que uno tiene entre manos. Y además la afición que hay al trabajo aun entre los jóvenes acaudalados.

Aun cuando entre nosotros no son tan frecuentes semejantes ejemplos, no deja de haber alguno, como el que nos presentó el ilustre duque de Zaragoza, prócer aficionado a la maquinaria, a quien se vio muchas veces bajar en su automóvil a la estación del ferrocarril de esa ciudad del Ebro, ponerse allí la blusa del obrero y situarse en la locomotora al lado de la manivela para guiar con mucha pericia el tren hasta Madrid.

Las personas que de suyo son laboriosas o que desde jóvenes han adquirido el hábito del trabajo, le cobran tal afición y tanto apego, que no pueden nunca permanecer ociosas. ¡Cuántos, como el citado Sir Isaac Newton, dedican los ratos de tregua en sus tareas y estudios serios a otras labores de distinto género que les sirven de descanso y distracción y hasta de contrapeso para equilibrio de sus facultades mentales! ¡Y cuántos también que se gozan tanto en el trabajo, que en él hallan su diversión y su recreo!

Decían los latinos: *Labor ipse voluptas*, el trabajo es en sí mismo un placer.

Edison, el célebre sabio americano, a pesar de haberse enriquecido con sus numerosos inventos — caso raro, pues la mayoría de los inventores viven y mueren modestamente — continuó hasta su muerte trabajando en el laboratorio con la misma actividad y constancia de sus días mozos, durmiendo apenas cinco horas diarias o privándose enteramente del sueño y olvidándose de comer cuando estaba enfrascado en algún experimento.

De todo lo expuesto se desprende que es necesario trabajar y luchar para vivir. Bien dice Homero en su *Ilíada*:

Aquí en la tierra el sino del hombre es la labor:

si Jove nos dio la vida, también nos dio el dolor.

Prepárate, pues, a luchar y a vencer obstáculos, que muchos encontrarás en cualquier estudio, obra o trabajo que emprendas. Todos los principios son dificultosos. No hay nada más fácil que el andar, y mira lo que le cuesta al niño el aprenderlo. Tiene que empezar por hacer pinitos y darse algunos coscorrónes. Los que ensayan a montar en bicicleta no saben guardar el equilibrio, se tambalean y caen, o van a dar encontrones con los árboles y las vallas. Más, después de alguna práctica, ¡con qué soltura manejan el «caballo de acero» y lo hacen evolucionar a su antojo, y qué placer tan grande experimentan al recorrer velozmente largas distancias!

Para tocar el violín con la maestría de un Paganini, un Sarasate o un Manén; para dominar el piano como un Chopin, un Rubinstein o un Paderewski; para cantar como un Manuel García, una Malibrán, una Patti o un Gayarre, ¿sabes tú los años de estudio, de enojosos ejercicios, de ímproba labor que eso impone? ¿Sabes las enormes dificultades que es preciso vencer; la infatigable paciencia, la pertinaz perseverancia que se necesita?

Así, pues:

Sea cual fuere la obra en que te ensayes,
si falla acaso tu primer intento
no te descorazonen ni desmayes,
antes vuelve a empezar con nuevo aliento.

No habrá dificultad ni resistencia
que dominar no puedas con talento,
con firme voluntad y con paciencia
«Es muy breve la vida, el arte es largo»;
la perfección se alcanza, sin embargo,
a fuerza de trabajo y de experiencia.

ARTURO CUYÁS (*España*)
Del libro «Hace falta un muchacho»
del mismo autor.

Cuyas, A. (1965). *Mi Libro Encantado, Grandes Heroes, Grandes Hazañas*. México D.F: Editorial Cumbre.